

## COOPERACION

Boletín núm. 3

Noviembre 1960

En el núm. 1 de COOPERACION dijimos que Dios había hecho al hombre colaborador suyo y le había encomendado que continuara perfeccionando su obra, por lo que el trabajo humano tiene fines que trascienden los propósitos y necesidades propiamente humanas.

El destino terrestre del hombre está claramente expresado en la primera página de la Biblia: "que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los animales y sobre la tierra entera. Y Dios creó al hombre a su imagen" Gn. 1,26 .

Es por la presencia de las facultades superiores, la inteligencia y la voluntad, por lo que el hombre se asemeja más a Dios; por otra parte el no puede reducir su sabiduría a una prudente y monótona conformidad a una naturaleza definida de una vez para siempre o definitivamente configurada para que sea siempre lo mismo.

El hombre, aceptando el designio que Dios ha tenido al crearle, debe ser esencialmente artífice, creador de cosas nuevas, realizador de aquellas formas con las que la naturaleza sirva mejor a sus necesidades.

"La naturaleza del hombre es el artificio", ha dicho acertadamente un pensador de nuestros días. El hombre, fiel a su destino, tiene que dominar la naturaleza, modificarla o transformarla mediante su razón, su poder y su virtud. Tiene que hacer un mundo nuevo, que en primera instancia tiene que ser humano, para que siendo a la medida del hombre, lo sea del agrado de Dios, que ha sido quien ha hecho al hombre rey de la creación.

Dejar las cosas tal como son por si mismas, sería renunciar al ejercicio de un derecho y de un deber que tiene el hombre sobre sí mismo; las cosas son para que le sirvan al hombre y el hombre debe modelarlas a su medida.

---

Cada uno por si mismo puede deducir una serie de consecuencias de los principios que hemos expresado.

"El hombre europeo ha terminado hacia la aurora de los tiempos modernos una especie de vida uterina, que llevaba en el seno de un universo cerrado sobre él como un huevo alrededor de su germen, en el corazón de una iglesia, que guardaba directamente en tutela sus primeros pasos".

Efectivamente se ha apoderado del hombre de nuestros días un espíritu emprendedor, renovador, evolucionista. Y el trabajo es un esfuerzo sabio y prudente para explotar la naturaleza. El mundo que antes ha estado lleno de ideas, hoy mediante el trabajo está en condiciones de realizarlas y hacerlas fructificar.

Nadie puede tener una idea más elevada del trabajo que un cristiano; para nadie puede significar tanto el trabajo que para el hombre que quiere cooperar con Dios en la tarea de perfeccionar o complementar la naturaleza.

No olvidemos que Dios está por encima de la naturaleza y del hombre; es el señor de todo. El hombre está forzado a contribuir a los altos designios de Dios y diríamos que no puede menos que secundar sus designios. Pero puede hacer ésto con mérito o sin mérito; meritoriamente cuando comprendiendo su elevada misión procede a sus tareas sabiendo que su última meta es Dios; inconscientemente cuando su em-

peño se reduce a trabajar simplemente. Carece de mérito cuando después de someter a las demás criaturas a su dominio, rehuye su sometimiento a Dios.

---

Hemos dicho que el hombre es el rey de la creación y que ejerce su reinado mediante el ejercicio de su actividad, pues es mediante el trabajo cómo logra someter a su propia servidumbre las cosas.

Pero veamos ahora qué desempeña el papel de un reyezuelo ridículo, de comedia, cuando es incapaz de considerar el trabajo nada más que para su exclusivo provecho personal. "Producir, en nuestros días, no puede ni debe ser ya para el mero provecho, provecho elemental del modus vivendi cotidiano o provecho capitalista groseramente desmesurado; producir se extiende más allá de los fines humanos de la promoción individual y colectiva dentro de una economía de servicio y de necesidades".

¿Porqué?

El trabajo es una pieza de la construcción del mundo y religiosamente hablando es un factor decisivo del gobierno divino. El trabajo es factor de humanización, convirtiéndose en el móvil de una socialización, gracias a la cual la humanidad franquea una etapa decisiva de su marcha colectiva, de su evolución más allá de la situación individual de los hombres.

Las comunidades de trabajo constituidas en clases antagónicas es la forma de guerra más atroz. El trabajo necesita ser rescatado considerando para ello por unos y otros, por todos, como algo en que se juega algo más que la suerte y el interés personal. La solidaridad, que une a los hombres, convierte el trabajo en una fuerza de liberación bajo todos los conceptos.

Cuando el afan de lucro es el eje de la estructura y desenvolvimiento de las fuerzas de trabajo, estamos despojando al trabajo de su mejor timbre de gloria. Por otra parte en esa situación es inevitable una lucha de clases y de hombres entre sí. Nada más apremiada hoy en día que el advenimiento real de comunidades de trabajo con las implicaciones de estructura que requieren para la solidaridad no esté a expensas de sentimientos más o menos efímeros.